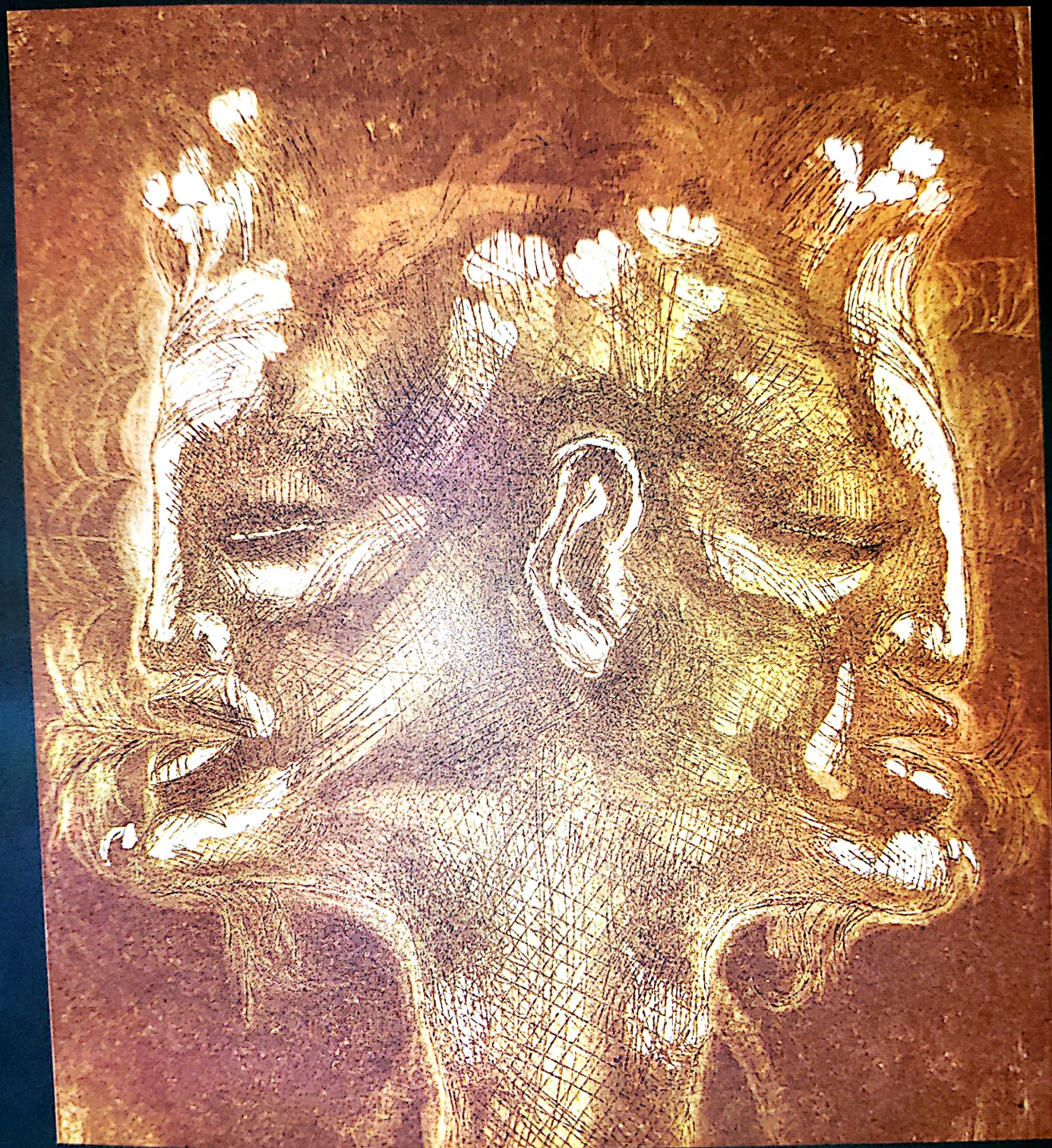


Alejandro García



Me volví traidor
y no he dejado
de serlo

Me volví traidor y no he dejado de serlo

Primera edición, 2019

© D.R. **Alejandro García Ortega**

© D.R. **Policromía Servicios Editoriales S. de R. L. de C. V.**

Calle Escuela Normal número 401-1, colonia Sierra de Álica

98050 Zacatecas, Zacatecas, México

www.sepolicromia.com

policromiaediciones@gmail.com

ISBN: 978-607-98274-5-8

Cuidado de edición:

Yolanda Alonso, edición

Miguel Ángel Cid, diseño editorial

Portada: "Bisátiro", aguatinta y agua fuerte sobre cobre,

2019. Miguel Ángel Cid

PRÓLOGO

En *El regresar del tiempo*,¹ el francés Michell Maffesoli ha incluido un artículo que puede resultar estremecedor, su título es "La invaginación del sentido". Propone que el hombre de nuestros días vive una *lógica de retroceso*, una vuelta, vuelta al vientre, a los sentidos, a lo sensible; ha terminado su relación con las ideologías, con la mirada en el progreso y la religión que ubicaban el sentido de la vida en el pasado o en el futuro, nunca en el presente. La tradición hebrea, por ejemplo, con la promesa del paraíso propagó la idea de que "sólo hay una verdadera significación si se tiene un objetivo que alcanzar, un ideal que realizar, una finalidad que perfeccionar."²

Maffesoli extiende la explicación de la función religiosa a las llamadas *religiones seculares* tales como el marxismo, el socialismo y las teorías de evolución social que movilizaron las energías individuales y colectivas hacia la educación, la política, la economía y hacia proyectos que tenían como objetivo encontrar el paraíso perdido en la tierra. Ese orden también se trastocó; las sociedades se adormilaron con el bienestar y la insipidez, de modo que fue necesaria *la invaginación del sentido* la cual es un impulso revitalizante dirigido al cuerpo bajo la cabeza:

Vitalismo, en particular, de las jóvenes generaciones, a través de sus rebeliones y de su libertad de tono y de aspecto, que hacen resurgir, a veces de manera eruptiva, los instintos primordiales. Instintos que ya no son simplemente canalizados, domesticados, en el marco de una ontología estable (por ejemplo, la de la identidad, individual o

¹ Michel Maffesoli, *El regresar del tiempo. Formas elementales de la posmodernidad*.

² *Ibid.*, p. 62.

de clase, sino dejados a su libertad primordial: la de las identificaciones múltiples, las máscaras de la persona.³

De manera que lo que permanece es el cambio, la nebulosidad, la impostura. *Me volví traidor y no he dejado de serlo...* es, sin embargo, el compromiso de Alejandro García con la lectura, la escritura, la literatura y la vida: cuatro sustantivos intensamente entretejidos que explican el lugar desde el que el autor observa y define el mundo: las letras, el filtro para ubicar autores y lecturas hasta aterrizar en la experiencia vital, la del escritor leonés.

Como lo explica el autor, el título de la obra que hoy está en sus manos proviene de las palabras sartreanas “Me volví traidor y no he dejado de serlo. Por mucho que me meta por entero en lo que haga (...) sé que en algún instante lo renegaré”,⁴ las cuales tienen como contexto el cuestionamiento de la cultura como ente salvador y, como consecuencia, la afirmación de que la pluma, el ejercicio de escribir, es un verdugo en la medida en que provoca la confrontación con uno mismo; es un espejo crítico que no permite treguas, posturas, definiciones, porque —quizá— sea el más grande ejercicio de la conciencia. Somos libres. No tenemos filias, sólo fobias.

Si para Maffesoli el desprendimiento de los ideales y compromisos, la *lógica de retroceso*, ha implicado el vivir en la inmediatez y la cadencia fisiológica (la creación cotidiana limitada a la banal belleza del habitar, el vestir y el comer), para Alejandro García el desprendimiento y la nebulosidad han dado forma, sentido, a partir de la palabra, de la escritura, como lo descubrirá el lector en las siguientes páginas, “la escritura es una

³ *Ibid.*, p. 63.

⁴ Jean Paul Sartre, *Las palabras...*, citado por Alejandro García en *Me volví traidor y no he dejado de serlo*, p. 21.

construcción permanente, un reto”.⁵ El vitalismo del que el sociólogo acusa a la sociedad contemporánea tiene su realización antagónica en Alejandro García a través del manejo del lenguaje:

El lenguaje nos hace, nos explica y nos hace inteligibles, congéneres y distintivos a la vez. El lenguaje ordena y desordena el mundo, interroga, sutura, desasosiega, inquieta, manda. Gracias al lenguaje es contado el mundo y el lugar de nosotros en él. Gracias al lenguaje es posible recibir la intensidad instantánea, paralizante, inenarrable, de la imagen poética o de sus variantes a ras de tierra: orgasmo, muerte, epifanía.⁶

De manera que ‘traidor’ en el sentido sartreano implica definición, conciencia de la imposibilidad de escribir la vida sin cuestionarla, sin cuestionarnos. “Mi impostura es también mi carácter, podemos deshacernos de una neurosis pero no curarnos de nosotros mismos”⁷, por ello, Alejandro García decidió amalgamar su vocación lectora con el oficio que lo mantiene en pie, con el que denuncia, cuenta, ambiciona y sueña: la escritura. Del lector y escritor trata este libro, pero también del teórico —lingüista y literario—, del historiador, del maestro, del ciudadano universal, del sabio que ve en la risa y los juegos del lenguaje el remedio a la incongruencia del mundo desafinado.

Me volví traidor y no he dejado de serlo... está constituido por 8 capítulos en los que se descubre, como uno de sus ejes, la enorme experiencia que los años, la disciplina y la pasión por la literatura han dejado en el autor:

⁵ Alejandro García, *Me volví traidor y no he dejado de serlo*, p. 52.

⁶ *Ibid.*, p. 148.

⁷ Jean Paul Sartre, *Las palabras...*, citado por Alejandro García en Epígrafe de *Me volví traidor y no he dejado de serlo*.

ibid. Cuando este mundo de imágenes mentales se contrapone a un discurso científico, lo que hacemos es reordenar nuestro repertorio, re-narrarlo, es decir, tratamos de hacerlo como si fuera un cuento. La narración lo que hace es suspender poco a poco la imagen del cerebro, deformarla, hacerla extraña, atractiva o repulsiva. Poco a poco también los personajes adquieren presencia en la mente, los objetos desplazan con su nueva cara o con su cara limpia a las percepciones anquilosadas. Este papel creativo de la narración, incluye lo mismo a la historia que a la novela.⁸

De manera paralela se encuentra el ejercicio de la lectura como actividad profesional, más allá de la experiencia literaria aparece el teórico, el lector sin inocencia que contrasta y deshilvana las novedades de las librerías llevando a cuentas y con precisión el canon literario. El traidor añora la sorpresa. Cuando tiene encuentros epifánicos hace catarsis a través de la escritura. Ahí nosotros —sus lectores— estamos frente a una nueva dimensión del libro porque toca a la elección del oficio de escribir recuperar el mando, parafraseando a Sartre, lo quiere así y se traiciona, ya en plena pasión, por el alegre presentimiento de su futura traición. El placer de la lectura es desplazado por la escritura:

La escritura no perdona y por lo tanto no puede uno decir después lo hago. Por el contrario, exige que se le atienda, que se le practique. Si no escribes, te mueres (...) Hubo una especie de abandono de vehículos de publicación de menos a más. Creo que terminé por aislarme y hube de soportar la clásica expresión de encuentros abusivos en que te preguntan “¿Y todavía escribes?”. El clásico perdonavidas, o rascatripas, o que siente que al preguntarte existes. Y ante tal acoso

⁸ *Ibid.*, p. 127.

no queda más remedio que evadir la pregunta (...) (luego) insistí en esta especie de escritura rutinaria que me decía allí sigues, entre la madriguera, el cobijo, y la trampa, el abandono, la enfermedad, el salto a la nada.⁹

El último sustantivo del subtítulo de esta obra, *vida*, es una constante en las casi 200 páginas que Alejandro García nos comparte. Se trata de la imparable interpretación que le provoca la lectura del mundo como texto supremo, ante el cual se enfrenta llevando como armas el resto de los sustantivos: lectura, escritura y literatura.

La *vida* a la que el autor alude es aquella que transcurre entre los seres vivientes y el lenguaje. Aquella que debe ser escudriñada lingüísticamente porque ataja, corrompe y organiza los días del hombre. Alejandro García confronta así la institucionalidad defendida por la historia, por la política y la moral a través de obras literarias como *La hija del sepulturero*, de Joyce Carol Oates; *La lluvia antes de caer*, de Jonathan Coe; *Nunca me abandones*, de Kazuo Ishiguro; *Z y Diario de Z*, de Vassilis Vassilikos; *Noticias del imperio*, de Fernando del Paso y *Pueblo en vilo*, de Luis González y González. Sin embargo, como el lector mismo lo experimentará conforme avance sobre estas páginas, Alejandro García tiene de anclajes argumentales los libros, los personajes, los autores sobre los que su mirada se ha posado, sobre los que su mente se ha construido en la medida en que la experiencia literaria es también su vida. Así, *Me volví traidor y no he dejado de serlo* postula cánones que tienen como variable la región geográfica, la época, el género: el latinoamericano, el de la novela española de los Siglos de Oro, el de la novela española contemporánea, el de la literatura norteamericana, el de la literatura universal.

⁹ *Ibid.*, pp. 102-103.

Escritores como Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Guillermo Cabrera Infante, José Donoso, Juan Rulfo, Agustín Yáñez, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Ernesto Sabato, Fernando del Paso, Octavio Paz, Pablo Neruda, han rebelado al mundo la originalidad, la razón de ser, de nuestro continente a partir de sus grandezas y de sus miserias.¹⁰

No fue sólo Cervantes, fueron también Francisco de Quevedo, Luis de Góngora y Argote, Juan Ruiz de Alarcón, Tirso de Molina, Félix Lope de Vega y Carpio, Pedro Calderón de la Barca, Garcilaso de la Vega, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Santa Teresa de Jesús y muchos otros. Concluamos algo: a la lengua la hacen los hablantes, pero son los literatos los que la perfeccionan y la dejan como testimonio en su mayor grandeza y estética.¹¹

¿Y quién puede negar las aportaciones a la lengua de las literaturas nacionales europeas: Dante, Petrarca, Boccaccio, Shakespeare, Milton, Rabelais, Montaigne, Corneille, Racine, Cervantes, Góngora, Quevedo, Goethe, Novalis, Tolstoi y Dostoievski?¹²

La lucha de los grandes innovadores formales, Marcel Proust, Virginia Woolf, James Joyce, William Faulkner, pronto se verá acompañada de la innovación temática incorporando las propuestas de las vanguardias y de los mismos novelistas antes mencionados: Franz Kafka, Robert Musil, Hermann Broch, D. H. Lawrence, Malcolm Lowry, George Orwell, Ernest Hemingway.¹³

¹⁰ *Ibid.*, p. 33.

¹¹ *Idem.*, p. 27.

¹² *Ibid.*, p. 78.

¹³ *Ibid.*, p. 135.

Generaciones como la inicial después de la muerte de Francisco Franco en España (Javier Marías, Arturo Pérez-Reverte, Enrique Vila-Matas, Antonio Muñoz Molina) y el llamado *dream team* inglés (Martin Amis, Ian McEwan, Kazuo Ishiguro, Julian Barnes) conocen a la perfección las técnicas formales de la novela, las propuestas temáticas de ruptura y la situación de la literatura frente a la industria editorial.¹⁴

Un índice de nombres habría facilitado nuestro acercamiento a los numerosos autores con base en los cuales Alejandro García ha llegado a certidumbres: la lectura debe servir para leer el mundo inmediato, comenzando por la lectura de nuestra interioridad; la lectura nos inserta en la realidad y permite que nos acerquemos al ser que somos y a lo que vivimos. Así, las páginas de *Me volví traidor y no he dejado de serlo* escudriñan y confrontan al mundo real y al literario (¿acaso son diferentes?), al político, al de la historia, al de las buenas conciencias que intentan reparar el orden a través del discurso. La literatura cuenta, no moraliza o toma partido, ahí el sentido de *traición* con el que el autor está comprometido:

Quizá eso explique la gran y afortunada tendencia de los norteamericanos a contar más que a incidir en el discurso o a tomar posturas con respecto al mundo. Lo construyen y lo dejan vivir, lo dejan palpar y entonces ven que funciona de manera simbólica y que cumple una función de tratamiento de una realidad que viven.¹⁵

Los sociólogos contemporáneos como Michael Maffesoli en *El regresar del tiempo*, Zygmund Bauman en *Una modernidad líquida*¹⁶ o Gilles Lipovetsky en *De*

¹⁴ *Ibid.*, pp. 136-137.

¹⁵ *Ibid.*, p. 142.

¹⁶ Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*.

*la ligereza*¹⁷ mantienen la hipótesis de que la tendencia dominante en nuestra época es el ablandamiento de los límites, la necesidad de diluirse, el miedo a la ideología o a la religión que dé forma a los días. Desde la filosofía y la sociología deben tener razón, pues como se propone en *La ligereza*, la pesadez moralista y rigorista ha quedado atrás con sus compromisos y obligaciones, ¿tienen también razón desde la literatura?

Amparémonos en el texto de Alejandro García:

En el momento en que cayó el Muro de Berlín, la novela era experimentada testigo de la profecía de que caería. En el momento en que algunos tercios levantaban los despojos de Pinochet, la novela era agua mansa que había dicho de las ferocidades y de las complicidades del corazón humano. En el momento en que se hundan las economías, la novela ya dibujó el juego inalcanzable de la justicia social.¹⁸

En otras palabras, el análisis sociológico ha llegado a la conclusión de que la última modernidad —la nuestra—, ha desencadenado una revolución liberadora de doble cara (la búsqueda de la independencia y la libertad coexiste en el individuo con la necesidad del establecimiento de vínculos) que llevaría, por su contrasentido, a la violencia cotidiana o, como dice Lipovetsky, a los neofascismos disfrazados de progresismos. Sin embargo, a través de la escritura, hace mucho que Jean Paul Sartre lo había advertido. Alejandro García también lo ha descubierto mediante la literatura y se ha escapado *traidoramente* de la disonancia y la incongruencia, eligiendo el camino de la escritura y el dominio lingüístico. La buena noticia para nosotros, sus lectores, es que nos ha dejado la

¹⁷ Gilles Lipovetsky, *De la ligereza*.

¹⁸ Alejandro García, *Op. cit.*, p. 151.

llave en *Me volví traidor y no he dejado de serlo. Lectura, escritura, literatura y vida.*

Mónica Muñoz

Y como es el caso de los escritores, la literatura es un acto de vida, en la medida en que el escritor se enfrenta a la vida o escribe en un lugar y en un momento determinado. Tener a un autor que vive y escribe y pertenece a una comunidad y mundo. La literatura es la dimensión de la vida del hombre, un lugar trascendente y eterno. El mundo que el escritor crea es una dimensión de la vida humana. Los escritores siempre se sitúan en un punto de vista subjetivo. No pueden representar a una totalidad de unos lugares y épocas. Los discursos nunca son objetivos o desinteresados ni están

David Carr

1. DE FRUSTRACIONES Y LÍMITES

Debo decirles que lo que soy no lo debo ni a mi manager sino a la literatura. Gracias a ella es como he podido escapar de la incertidumbre y de la violencia y poder escribir la mayoría de las palabras de mi libro. Soy un escritor, un escritor, me llamo escritor y lo soy. Cuando digo escritor, me refiero a un escritor que no se preocupa por el poder, ni por el dinero, ni por el prestigio, ni por el reconocimiento. Soy un escritor que me da a cuenta de haber escrito y que me da a cuenta de haber vivido.